

Polarización política, relaciones familiares y barreras psicosociales para la paz en Medellín - Colombia

Political polarization, family relationships and psicosocial Barriers to Peacebuilding in Medellín - Colombia

YULI NATALÍ VELÁSQUEZ CUARTAS

Universidad Pontificia Bolivariana
natalivelasquez@hotmail.es

DANIELA BARRERA MACHADO

Universidad de San Buenaventura Medellín
daniela.barreramachado@gmail.com

JUAN DAVID VILLA GÓMEZ

Universidad Pontificia Bolivariana
juan.villag@upb.edu.co

Resumen

El objetivo del presente artículo es comprender las formas de configuración de la polarización política en las relaciones familiares, en el marco del proceso de paz entre el Estado Colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia- FARC-EP. Se trabaja desde una metodología cualitativa, con enfoque hermenéutico, se recurre a la entrevista en profundidad de 20 integrantes de 10 familias de Medellín, 2 miembros de cada una, con posiciones políticas diferentes, seleccionados mediante un muestreo no probabilístico, por bola de nieve. Se emplea el análisis cualitativo de contenido, a partir del cual se logran identificar dos grandes manifestaciones de las consecuencias de la polarización, una relativa a las prácticas frente a la diferencia política en las familias y otra, correspondiente a la movilización de orientaciones emocionales colectivas. A partir de éstas se reconoce cómo en algunos casos la lógica de la guerra penetra en el escenario familiar; mientras que, en otros, la diferencia política permite un avance en la construcción de dinámicas de conciliación. Esto configura tres modos de relacionamiento en las familias: negación y silenciamiento; exclusión y homogeneización; y diferenciación y deseo de conciliación. Este trabajo hace parte de la macro-investigación “Barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia”.

Palabras Clave: barreras psicosociales, diferencia política, relaciones familiares, orientaciones emocionales colectivas, paz, polarización política

Abstract

The objective of this article is to understand the ways in which political polarization is configured in family relationships, within the framework of the peace process between the Colombian State and the Revolutionary Armed Forces of Colombia-FARC-EP. A qualitative methodology is used, with a hermeneutic approach, using the in-depth interview of 20 members of 10 families from Medellín, 2 members of each, with different political positions, selected through a non-probabilistic sampling, by snowball. Qualitative content analysis is used, from which two major manifestations of the consequences of polarization can be identified, one related to practices in the face of political

difference in families and the other, corresponding to the mobilization of collective emotional orientations. From these it is recognized how in some cases the logic of war penetrates the family scenario; while, in others, the political difference allows an advance in the construction of conciliation dynamics. This configures three ways of relating in families: denial and silencing; exclusion and homogenization; and differentiation and desire for reconciliation. This work is part of the macro-investigation “Psychosocial Barriers to Peacebuilding and Reconciliation in Colombia”.

Keywords: psychosocial barriers, political difference, family relationships, collective emotional orientations, peace, political polarization

1. Introducción

La historia de Colombia ha estado atravesada por múltiples momentos de polarización política, producto de conflictos sociales, económicos y políticos, que han redundado en cruentas manifestaciones de violencia, con costes desproporcionados para el país (Montoya, Arboleda, Valencia, Serrano y Gómez, 2017). Aunque tales condiciones estructurales tienen un papel fundamental en la configuración de dicha polarización, resultan insuficientes a la hora de comprender sus implicaciones tanto en escenarios públicos como privados (Blair, 1999); por lo que se hace necesario abordar este fenómeno a la luz de una perspectiva psicosocial, que posibilite otras lecturas y miradas. Es deber de la psicología hacer un aporte a los procesos de paz y reconciliación, enriqueciendo discusiones y posibilidades de actuación frente a fenómenos, más allá de la intervención individual (Arciniegas y Pérez, 2019).

Precisamente esta investigación se inserta en tal perspectiva, para estudiar un tema que recibe poco abordaje en la literatura científica, a saber: las formas como la polarización política se configura en las relaciones familiares. En concreto, se toma el contexto de polarización generado en Colombia a partir del proceso de paz entre el gobierno del presidente Juan Manuel Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-FARC-EP.

Polarización implica una división de la sociedad en grupos extremos opuestos, endurecimiento de posiciones ideológicas y presión para que los sujetos se alineen con un 'nosotros' o un 'ellos' (Blanco y De la Corte, 2003); involucra prácticas refractivas y acciones comunicativas que guían la opinión pública hacia una dirección particular (Silva, 2004), impidiendo reconocer la pluralidad y

establecer diálogos con otros diferentes. Así, se configura un proceso de categorización social rígido, que delimita actitudes, comportamientos (Espinosa, Calderón-Prada, Burga y Güímac, 2007) e identidades sociales estáticas, dando lugar a comparaciones, diferenciaciones y exclusiones sociopsicológicas entre un endogrupo y un exogrupo (Tajfel, 1984), entre un nosotros y un "ellos", que deviene enemigo (Blanco, 2007).

Siguiendo a Tajfel y Turner (2004), la categorización social permite la segmentación, clasificación y ordenamiento del entorno social, minimizando las diferencias percibidas entre quienes se consideran parte del 'nosotros', magnificando aquellas atribuidas al 'ellos' (Tajfel, 1982); emergiendo, así, estereotipos sociales que constituyen "una imagen mental muy simplificada de alguna categoría de personas, instituciones o acontecimientos que es compartida, en sus características esenciales, por algún número de personas" (Stallybrass, 1977, citado por Tajfel, 1984, p.171).

Estos estereotipos pueden ser generalizaciones no fundamentadas que juegan un papel clave en la emergencia y mantenimiento del conflicto intergrupalo (Augoustinos y Walker, 1995). Se caracterizan por su rigidez y resistencia a información contraria, son estructurados por relaciones entre grandes grupos sociales y políticos, contribuyen a la creación de ideologías, fundamentando la actuación colectiva; y participan en la preservación de diferencias intergrupales. Desempeñan, además, tres funciones en el plano social: causalidad, referida a la comprensión de un acontecimiento colectivo usualmente doloroso; justificación de los actos emprendidos en contra del exogrupo y diferenciación social, que sostiene una consideración positiva del endogrupo. Frecuentemente, los estereotipos sociales se

acompañan de predisposiciones de carácter favorable o desfavorable hacia una categoría o grupo, es decir, prejuicios (Tajfel, 1984). Estos últimos involucran una carga afectiva negativa o positiva, jugando un rol fundamental en el establecimiento de exclusiones y actos de discriminación (Augoustinos y Walker, 1995), que suelen tener lugar en escenarios de polarización política.

La polarización emerge en momentos de coyuntura política, económica y social, especialmente aquellos de carácter deliberativo (De Luca y Malamud, 2010; Del Vicario, Zollo, Caldarelli, Scala y Quattrociocchi, 2017; Plata Caviedes, 2016) y genera un entramado de consecuencias psicosociales: ruptura del tejido social, naturalización de la violencia, obstaculización de intentos de construcción de paz (García-Guadilla, 2006; Lozada, 2008); estrechamiento del campo perceptivo, estereotipado y rígido, intensa carga emocional de aceptación o rechazo, sin matices; quiebre del sentido común, rigidez de posiciones, cohesión y solidaridad interna del endogrupo y rechazo al exogrupo, obturando cualquier diálogo con éste. Finalmente, exigencia de alinearse con uno de los polos en tensión y exclusión a instituciones sociales (familia, escuela, iglesia), más allá de la pugna política (Lozada, 2004).

La historia colombiana evidencia polarización política y construcción de relaciones deshumanizadas, en lógica de enemistad, asociada a la violencia política que ha vivido el país, que tan sólo en el siglo XIX estuvo atravesado por nueve guerras civiles nacionales y catorce regionales (Montoya et al, 2017); en las cuales, las diferencias ideológicas constituyeron un punto central, ya que el país se fragmentó por las disputas entre liberales y conservadores (Ospina, 1996). Este escenario "dio origen a tremendos cuadros de violencia intrafamiliar y de intolerancia social, a un

enorme irrespeto por las creencias ajenas, y a la tendencia persistente de considerar toda disidencia y toda rebeldía como un fenómeno religioso"(Ospina, 1996:51).

Este proceso se profundizó durante la primera mitad del siglo XX, en la imposibilidad sistemática de hacer reformas significativas a la estructura de posesión de la tierra, de participación política y al orden socioeconómico. Así, la polarización política explotó con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, suceso que marcó el inicio de la denominada época de 'La Violencia', la cual dejó un saldo significativo de desplazamientos y homicidios, e impactó a las familias en sus distintas formas de constitución, generando procesos de socialización en el marco de una guerra civil no declarada. Así mismo, el desplazamiento forzado, dio lugar a la atomización familiar y al desarrollo de prácticas de prostitución, delincuencia y pérdida de claridad frente al proyecto de vida por parte de algunos de sus miembros (Guzmán Campos, Fals Borda y Umaña Luna, 2005).

Posteriormente, las contradicciones y odios bipartidistas se desplazaron hacia la disputa insurgente/contrainsurgente, dirimida desde el mismo ejercicio de la guerra, basado en una lógica bipolar 'amigo-enemigo', con impactos directos en la cotidianidad de la población (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2012; Angarita, et al, 2015). A pesar de los numerosos intentos por alcanzar una solución política a este conflicto armado, muchos fracasaron por la cristalización de relaciones de enemistad absoluta, recrudescimiento de la vía militar y remarcación de divisiones polarizadas; tal como ocurrió a partir de la negociación entre el gobierno de Belisario Betancur (1982-1986) con las FARC-EP (Tobar, 2015; Villalarga, 2015) y entre el

gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002) y el mismo grupo guerrillero (Villalarga, 2015).

Recientemente, bajo el mandato de Juan Manuel Santos (2010-2018), se llevó a cabo un nuevo proceso de negociación política con las FARC-EP que dio lugar a la firma de unos acuerdos de paz en el 2016. En relación con este proceso, es posible reconocer posturas en pugna que redundaron en un escenario de polarización entre detractores del acuerdo y quienes lo respaldaban; contradicción que fue alimentada a través de estrategias de manipulación mediática (López de la Roche, 2019; Villa Gómez, Velásquez Cuartas, Barrera Machado y Avendaño Ramírez, 2020) y alcanzó su manifestación más fuerte en la campaña del plebiscito de refrendación (Rodríguez-Raga, 2017; Basset, 2018), en el cual el 49,78% votó por el ‘Sí’, el 50,21% lo hizo por el ‘No’ (Registraduría Nacional del Estado Civil, 2016). El porcentaje de abstención fue más elevado, del 62,59% (El Tiempo, 2016). En este contexto, Villa Gómez y Arroyave Pizarro (2018) sugieren que la cotidianidad de algunos habitantes de la ciudad de Medellín se vio afectada debido a los insultos, agresiones verbales y descalificaciones que comenzaron a presentarse entre quienes expresaron posiciones políticas divergentes.

Estas lógicas de división de la sociedad colombiana frente a la coyuntura política se suman a las dinámicas de deshumanización y construcción de enemistad, durante décadas sucesivas de guerra; no solo entre la población directamente involucrada, sino también en la sociedad en general:

...estos mecanismos de construcción de enemistad y “deshumanización” del otro se han salido de la esfera de la guerra y la confrontación bélica y, atraviesan como una bruma incómoda

todas nuestras relaciones sociales, al punto que en Colombia la construcción del enemigo absoluto pareciera ser uno de los pocos referentes de identidad que tenemos (Blair, 1999; Angarita, et. al, 2015: 29).

En Colombia la imagen del enemigo deviene en un referente de sentido. La pertenencia a un grupo social marca su identidad, cohesión interna y relación con el otro. Como se ha estudiado también en otros contextos de división, cada uno se define por exclusión del otro; por tanto, cada grupo construye su propio universo simbólico atomizado, marcado por una lógica homogénea guerrerista (Blanco, 2007; Blair, 1995; Martín-Baró, 2003, Barrero, 2011). El enemigo es visto con desconfianza, es acusado, se le anticipa lo negativo y se asimila al mal (Villa Gómez, 2019).

Estas construcciones simbólicas de enemistad y deshumanización permean y configuran relaciones cotidianas, específicamente las familiares (Martín-Baró, 1989), que no están escindidas de lo macrosocial y macropolítico (Ramos, 1990). Puesto que las familias, consideradas “referentes básicos de sociabilidad, reciben directamente los impactos de la guerra... [que] rompe las formas tradicionales de relación e introduce nuevas dinámicas de poder que intentan llegar hasta lo más íntimo de la vida familiar” (Cifuentes, 2009: 89).

En la revisión de antecedentes se pudo considerar el nexo que existe entre polarización política y relaciones familiares, analizando un repertorio de investigaciones que daban cuenta de sus impactos en la categorización e identidad social, la confianza, algunas emociones políticas y las relaciones establecidas con la diferencia (Lozada, 2004; Rapp, 2016; Rogowski y Sutherland, 2016; Torcal y Martini, 2013), lo que ha dado lugar a

procesos de construcción del enemigo para delimitar referentes identitarios, no sólo en el marco de hechos políticos, sino también sociales y cotidianos (Blair, 1999).

Concretamente en el caso colombiano, los mecanismos utilizados en la guerra trajeron consigo un contexto de amenaza que propició condiciones para que las personas asumieran posturas frente a la vida política del país: por un lado, el miedo a organizarse y a expresar sus ideas; por otra parte, la radicalización (Palacio y Sabatier, 2002). En el seno familiar, el desplazamiento impactó los procesos de construcción de identidad de sus miembros, especialmente de los niños (Madariaga, Gallardo, Salas y Santamaría, 2002).

El actual escenario de polarización sociopolítica contribuye también a la configuración de relaciones familiares en Colombia. Al respecto, De Roux (2017) reconoce divisiones, silencios, rupturas familiares, distancia social, entre otros. De ahí que resulte necesario apelar a la noción de trauma psicosocial para comprender cómo los escenarios de enemistad política y 60 años de conflicto armado dejan marcas en los sujetos, según su vivencia de los mismos, las que estarán “condicionadas por su extracción social, por su grado de participación en el conflicto, así como por otras características de su personalidad y experiencia” (Martín-Baró, 1988: 135). Tales marcas impactan en la forma en que se configuran las relaciones interpersonales en diversos escenarios de interacción, como la familia.

Estos hallazgos ganan sentido cuando se comprende este escenario familiar, como un producto sociohistórico y político: un sistema que se configura a partir de fenómenos que ocurren a nivel macrosocial y estructural. En efecto “las estructuras de poder social que se manifiestan en el campo público moldean el ámbito privado, afectando lo que ocurre en [su]

seno” (Pachón, 2008: 158). Por consiguiente, no se trata de un sistema estático e impermeable a transformaciones sociales, políticas y económicas del contexto, sino que su estructura y sus dinámicas dependen en buena medida de situaciones y condiciones que tienen lugar en el todo social (González, 2015; Iglesias, 1990).

Así mismo, las familias juegan un papel central en la transmisión intergeneracional de posturas ideológicas (Banducci, Elder, Greene y Stevens, 2016) y en la socialización política; como lo afirma Martín-Baró (1998), el sujeto internaliza como propias las necesidades ideológicas de un régimen a través de tres instituciones que cumplen un papel socializador, una de ellas es la familia. Este proceso garantiza la estabilidad y la continuidad de la cultura política, pero también su transformación. Al respecto, Iglesias (1990) sostiene que cuando se aspira a construir una nueva sociedad, es imprescindible que se presenten cambios en las familias, lo que crearía un nuevo horizonte histórico, puesto que es el agente socializador por excelencia, donde circulan discursos, prácticas y modos de relacionamiento de los sujetos.

La familia, en tanto grupo primario, constituye un espacio donde se establecen relaciones altamente afectivas (Martín-Baró, 1993) y en el que tiene lugar un proceso fundamental en la socialización humana, a saber: el aprendizaje del emocionar propio de la cultura, es decir, la internalización de las emociones que caracterizan las relaciones de una sociedad particular, configurando deseos, preferencias, rechazos e intenciones; guiando la acción de los sujetos. Lo anterior implica que las emociones no pueden ser entendidas como una posesión meramente individual, privada e íntima, sino como un fenómeno que se comparte, que es de orden colectivo, sociocultural (Maturana, 2003). Así, éstas no se

limitan a generar reacciones corporales y subjetivas en quienes las experimentan, sino que motivan la acción y la toma de decisiones, tanto en el plano privado como el público (Bar-Tal, 2000; Nussbaum, 2014).

De esta manera, las emociones internalizadas y movilizadas en la familia no son ajenas al contexto sociopolítico; puesto que ésta posibilita que la macroestructura social y los repertorios culturales se concreten en los sujetos (Martín-Baró, 1993); de allí que fenómenos de orden político que movilizan cierta carga emocional, lo hagan también en sus integrantes. Esto tiene peso para la presente investigación por el papel que tienen las emociones en la construcción de colectividad y en la formación de identidades políticas (Nussbaum, 2014).

Bar-Tal (2013, 2017), a partir del estudio del conflicto palestino-israelí, afirma que las sociedades en conflicto desarrollan un repertorio sociopsicológico funcional que incluye creencias compartidas, actitudes, motivaciones y emociones, que penetra en instituciones, como la familia y en los canales de comunicación de la sociedad. Sugiere que, bajo las condiciones mencionadas, las sociedades desarrollan una orientación emocional colectiva (OEC), cuyo alcance va más allá de la esfera individual. Al poner el acento en una o varias emociones, estas terminan haciendo parte del repertorio psicológico individual y colectivo, expresándose en símbolos y productos culturales de dicha sociedad. Entre otras, emergen de una manera más notable el miedo, el odio y la ira (Bar-Tal, 2017; Bar-Tal y Halperin, 2014); sin embargo, también son representativas la desconfianza, y la humillación.

Estas OEC tienen la posibilidad de proporcionar criterios y sensibilidad para seleccionar información, afectando y

constituyendo la capacidad de interpretación y evaluación de situaciones particulares (Bar-Tal, 2010; Bar-Tal y Halperin, 2014). Según Bar-Tal (2010), Bar-Tal, Halperin y De Rivera (2007) en los procesos de socialización donde las personas configuran estas orientaciones aprobadas culturalmente. De esta forma, cada miembro de una sociedad incorpora señales que emergen en la interacción social, que le permite sentir cierta emoción particular, que se evalúa y expresa en el entorno familiar y más allá del mismo; esto sucede también con los procesos educativos, los medios de comunicación y las interacciones económicas y políticas.

Entonces, las OEC se presentan y manifiestan como una tendencia que la sociedad expresa en relación con referentes que surgen en diversos escenarios sociopolíticos (Bar-Tal, 2013, 2017; Nasie y Bar-Tal, 2012), ligándose a narrativas del pasado que justifican la violencia del propio grupo y condenan la del adversario, o a creencias sociales que dan marcos de significado y sentido en relación con explicaciones y justificaciones que se hacen alrededor de la violencia, la paz, la confrontación, el enemigo, el propio grupo, etc. De hecho, tomando este concepto como referencia, Villa Gómez, Rúa Álvarez, Serna, Barrera Machado y Estrada Atehortúa (2019), identificaron cómo algunas personas de Medellín configuraron OEC divergentes frente a tres actores del conflicto armado: FARC-EP, Paramilitares y Fuerzas Armadas, que generan una lógica bipolar, entre un "nosotros" (Fuerza Pública) que moviliza orgullo, amor y patriotismo, y un "ellos" (FARC-EP) que produce odio, ira e indignación; exacerbando la polarización sociopolítica y las creencias sobre éste grupo como enemigo absoluto, obstaculizando el perdón y la reconciliación (Villa Gómez y Arroyave Pizarro, 2018)

Estas dinámicas se viven también al interior de las familias como grupo social. De allí la importancia de poner la mirada sobre este escenario en el marco de la polarización generada en el proceso de paz entre el Estado colombiano y las FARC-EP, y comprender las formas como se configura esta polarización en las relaciones familiares, especialmente cuando en ellas hay miembros que expresan posturas políticas que divergen de lo tradicionalmente acordado. Para ello es importante un acercamiento a las prácticas que tienen lugar entre sus miembros cuando emerge la diferencia política y a las orientaciones emocionales colectivas que son movilizadas en asociación con este fenómeno.

2. Metodología

Con el objetivo de comprender la forma como se configura la polarización política en las relaciones familiares, en el marco del proceso de paz entre el Gobierno de Colombia y las FARC-EP, la presente investigación asumió una metodología cualitativa, orientada a construir modelos comprensivos sobre el problema estudiado, legitimando la actividad interpretativa y lo singular como instancia de producción de conocimiento científico (González Rey, 2006). Se contó con un enfoque metodológico hermenéutico, como ejercicio interpretativo de los sentidos y experiencias de los participantes desde el marco simbólico en el que se encuentran insertos (Sandoval Casilimas, 1996, Martínez Miguelez, 2006).

Se decidió trabajar con integrantes de familias de Medellín, con posturas políticas diferentes frente al Acuerdo de Paz firmado entre el Estado y las FARC-EP, personas del común, sin participación en movimientos

sociales ni políticos, de estrato social medio-alto. El procedimiento de muestreo empleado fue de tipo no probabilístico, intencional y por bola de nieve (Martínez Miguelez, 2006), que permitió seleccionar a 10 familias, de las que se entrevistó a 2 miembros de cada una de ellas, de acuerdo con los siguientes criterios:

- Familias cuyos miembros tienen posturas políticas diferentes en relación con el Acuerdo de Paz entre el Estado y las FARC-EP.
- Familias nucleares, extensas o extendidas, residentes en Medellín.
- Familias pertenecientes a estrato socioeconómico medio/alto, cuyos miembros tengan cualquier nivel de escolaridad.
- Familias que dispongan la participación de dos de sus miembros, mayores de edad y sin diferenciación de género.

La estrategia de recolección de información fue la entrevista semiestructurada en profundidad, que permite adentrarse en la subjetividad, para comprender sus sentidos y experiencias. Ésta se desarrolló con base en una guía de preguntas previamente formuladas, en coherencia con los objetivos de la investigación. Cada entrevista fue transcrita y sometida a la técnica de análisis cualitativo de contenido, que permitió reelaborar los datos obtenidos mediante su agrupación en función del sentido, para llegar a interpretaciones de mayor nivel (Cáceres, 2003).

La transcripción de la entrevista de cada integrante de la familia constituyó una unidad de trabajo, así que le fue asignado un código, con el que se identificaba el grupo familiar del que hace parte (ej: F1, F2 o F10) y su postura frente a los acuerdos de paz: 'de acuerdo' (A), 'en desacuerdo' (D)¹. Se configuraron códigos como: F1-A, F1-D; hasta llegar a F10-A y F10-

¹ Así seguirán siendo nominados.

D; para así realizar comparaciones entre quienes tenían diferentes posturas.

Para el análisis de contenido, el procedimiento empleado implicó los siguientes pasos: la selección inicial de una postura teórica y disciplinar particular; la ejecución de un preanálisis que guio la investigación hacia unos temas puntuales. Posteriormente, la definición de unidades de análisis por medio de la segmentación de relatos transcritos, según el tema, para relacionarlos entre ellos en matrices de coherencia; para dar paso al sucesivo establecimiento de reglas de análisis y códigos de clasificación por medio de matrices intertextuales, en las que se agruparon los contenidos con sentidos similares y se separaron aquellos disímiles; lo que permitió la creación de códigos, la subyacente categorización y la final integración e interpretación de hallazgos desde un proceder inductivo (Cáceres, 2003).

La codificación de relatos y la categorización fue efectuada por dos investigadoras, supervisada por un tercero, sometiendo este procedimiento a constante contrastación y discusión de cara a posibilitar la confiabilidad. Debido al carácter aún exploratorio de las preguntas concretas abordadas por este estudio, no pudo accederse a resultados previos para hacer comparaciones. Este proceso en su conjunto condujo al desarrollo de las categorías: 'prácticas frente a la diferencia política en las familias' y 'orientaciones emocionales colectivas'', como aproximación clave para dar cuenta de la configuración de la polarización política en las relaciones familiares; en torno a ellas se construyeron los resultados presentados en el siguiente apartado.

3. Resultados

Dado que el objetivo de la investigación apunta a comprender las formas de configuración de la polarización política en las relaciones familiares, se apeló al análisis de las prácticas interaccionales que se presentan en las familias, en relación con la diferencia política entre sus miembros y las orientaciones emocionales colectivas movilizadas en este contexto.

3.1. Prácticas frente a la diferencia política en el escenario familiar

Los significados que los participantes construyen frente al proceso de paz, en un contexto de polarización política, han dado lugar a ciertas prácticas frente a la diferencia política en el escenario familiar. Estas inciden en los modos cómo se establecen las relaciones y los procesos de socialización. Así, la confrontación y las formas de construir al enemigo por medio de la palabra, generan consecuencias no sólo en lo público, sino también en lo privado, donde se expresan dificultades para reconocer la alteridad y se busca su exclusión o eliminación.

Una de las prácticas interaccionales consiste en el uso y recibimiento de etiquetas ideológicas y calificativos peyorativos frente a la posición política, reportadas de manera más frecuente por quienes están 'de acuerdo'. Así, estos participantes son constantemente denominados en sus contextos familiares y sociales, como 'guerrilleros', 'comunistas', 'rebeldes', 'anarquistas', 'ingenuos' o 'mamertos'. Consideran que esto constituye una forma de señalamiento por pensar diferente, pues estos calificativos emergen cargados de juicio moral:

...nosotros en un momento, hace algunos años, tuvimos una discusión muy fuerte, él incluso me dijo guerrillera y yo le dije “que si por pensar diferente, por creer que la justicia social era lo que nos tendría que mover, era una guerrillera; entonces que era una guerrillera” (F10-A).

En contraste, solo un participante ‘en desacuerdo’ relata haber sido denominado como “paraco o ignorante” por tener opciones políticas cercanas a la derecha, lo que también constituye una sobresimplificación y un estereotipo. Lo anterior da cuenta de una alineación del amplio espectro de posiciones políticas con alguno de los polos en tensión, que se facilita por la carga moral implícita o explícita que se le atribuye a las posturas: la propia como buena y la del otro-diferente, como mala. De este modo, se delinea una brecha difícil de salvar, en tanto se incurre en un plano moral con fuerte influencia de dinámicas religiosas, que propicia que fenómenos políticos, como el Proceso de Paz o las elecciones presidenciales, se experimenten como absolutos y como una suerte de lucha entre bien y mal:

[...] la política se vuelve como creencias, que son inamovibles y también se promueven de una manera muy idealizada, muy del bien y el mal, muy polarizada, hay unos buenos y unos malos; entonces si en una familia tú crees en el bueno y tú crees en el malo, cada uno va a ver contraria su posición (F1-A).

En este marco se va configurando una segunda práctica de mofa, insulto y agresión; que también es principalmente dirigida hacia

aquellos que están ‘de acuerdo’; quienes, en el contexto de la ciudad de Medellín (donde el “No” ganó con un 67%), suelen ser minoría en sus escenarios familiares y, en consecuencia, reciben devaluación y descalificación a sus posturas, en un intento de desconocerlas o cambiarlas. Tales manifestaciones emergen tanto en las interacciones cara a cara como en los espacios virtuales, a través de chistes o memes en redes sociales y aplicaciones móviles. La burla y el insulto suelen ser prácticas que se realizan en presencia -física o digital- de testigos, por ejemplo, en reuniones familiares de fin de semana o en Facebook, lo que va dejando un mensaje implícito acerca de la postura dominante de la familia y constituye una suerte de conducta ejemplarizante para quienes piensan distinto.

Algunos de los participantes ‘en desacuerdo’ reconocen que hacen “bromas” a los miembros que piensan diferente, a modo de ridiculización de su postura, generando malestar en quienes las reciben, debido a su frecuencia y carencia de argumentos, lo que da lugar a la ira e incluso a respuestas agresivas. Así lo manifiesta uno de los participantes,

Pero yo pienso que también le hemos hecho bromas que a él no le gustan [...] fregando con F5-A, sí. Yo pienso que a veces es culpa de nosotros con él, porque de pronto, a veces lo molestamos mucho con el izquierdismo, lo presionamos, también lo debo reconocer (F5-D).

Con la emergencia de ira, insultos y discusiones acaloradas entre los participantes, lo político se personaliza y se termina por atacar personas sin debatir argumentos, donde el juicio moral subyacente descalifica al diferente. De esta manera, penetra en la dinámica familiar una lógica de confrontación,

en tanto se obtura la posibilidad de reconocer y dialogar con el otro como legítimo otro, desde ejercicios de imposición o violencia verbal:

Y hubo un momento en el que se dejó de atacar argumentos y se atacaron personas, entre mis dos tíos, ellos se atacaron feo y mi tío fue muy grosero con mi tía, pero exageradamente grosero; tanto así que mi primo se enojó de una manera increíble e insultó a mi tío (F3-A).

Esto denota una dificultad para relacionarse con la diferencia política. Para las familias se hace molesto que haya uno o varios miembros que tengan una postura distinta; como resultado, la diferencia tiende a rechazarse o negarse, cuesta asumir y verbalizar que hay un hijo o hermano que se aparta de la tradición política familiar y que asume un sistema de valores contrario al inculcado intergeneracionalmente que, a su vez, tiene como punto de referencia a la religión.

Esto da lugar a una tercera práctica: el pacto de silencio o de falso acuerdo, que tiene emparejada la negación de la diferencia, impidiendo la manifestación de alteridad bajo la pretensión de falso consenso o silencio asumido por aquel que tiene posturas divergentes, ante su preocupación por dañar el vínculo y que emerja una ruptura:

[...] se hace una “negociación” de la diferencia donde simplemente se siguen las reglas y todo se disimula: ¿si me entiendes? Es como un pacto de no agresión, en donde las ideas homofóbicas siguen y las ideas homosexuales se guardan, las ideas de derecha siguen y las de izquierda se guardan, una especie de negociación donde se mantiene esa inercia y ese

estatus quo; y el que se separa de ese molde, se lo guarda muy educadamente, no le dice al abuelo; el que tiene tatuajes se los tapa, etcétera. Yo creo que esa sería como la experiencia primaria (F2-A).

En este orden de ideas, los participantes ‘de acuerdo’ consideran que el silencio asumido es un acto político de responsabilidad y cuidado del otro respecto de las propias ideas y emociones que estas movilizan, que involucran la ira: “yo creo que el cuidado del otro también es político. Ahí yo también lo cuido a él de mí, porque para mí el cuidado también es político” (F10-A). Por su parte, algunos de los participantes ‘en desacuerdo’ llegan incluso a invisibilizar o negar la existencia de diferencias políticas en sus familias, debido al silenciamiento que asumen aquellos que van en contravía de su posición, que suele ser la dominante en la mayor parte de los escenarios familiares participantes en esta investigación. Lo que refuerza la idea de un falso acuerdo en lo político:

En las afinidades políticas, él nunca a mí me ha... de pronto ha dicho, ha manifestado alguna cosa, con x o y con la preferencia a un determinado personaje, a un candidato, en fin; pero no, digamos que diferencias marcadas, no (F8-D).

Algunos participantes arguyen que la manifestación de las diferencias políticas puede llegar a amenazar el sostenimiento de un lazo familiar que se desea cuidar y proteger, para lo cual la práctica de pacto de silencio y falso acuerdo deviene una vía privilegiada. Esta práctica presenta un matiz, en tanto algunos participantes ‘en desacuerdo’, indican que logran convivir con la diferencia y que la

respetan; sin embargo, sus relatos evidencian una pretensión implícita para que esta no exista, so pretexto de hacer prevalecer la unidad familiar. Se manifiesta entonces una idea de familia en la que unos miembros fantasean con una posición homogénea sobre la realidad social y política, por lo que, si bien es inevitable que existan diferencias, no es necesario ni conveniente abrir espacios de diálogo para evitar conflictos que dañen los vínculos; así, éstas deben permanecer marginadas, fuera de conversación:

Pues yo la respeto mucho porque soy muy democrático y soy muy ecuménico en cuestión de religiones [...] Entonces a mí me gustaría mucho que estuviéramos aplaudiendo la misma cosa o llorando las mismas tristezas o alguna cosa, pero así también hemos convivido y yo sé que ella es de izquierda y yo soy de derecha, esa es la postura, la postura real es que ella es de izquierda y yo soy de derecha (F10-D).

Se sostiene que ni de política, ni religión se debe hablar; ya que ambos temas se asumen como absolutos; no es posible reconocer la postura del otro-diferente, porque se le atribuye una carga moral de maldad, similar a la del enemigo absoluto que, como se mencionó anteriormente, equivale a la guerrilla de las FARC-EP (Villa Gómez, 2019). Esto se refuerza con relatos históricos familiares, que dan cuenta de cómo la diferencia suele castigarse o borrarse, produciendo incomodidad en quienes piensan diferente, que perciben la negación, descalificación o desconocimiento de sus argumentos. Estas prácticas suelen presentarse, con mayor frecuencia, en las personas más adultas; siendo más factible dialogar entre jóvenes, aun cuando

se posean visiones distintas, lo que traza una diferencia intergeneracional:

Con mi hermano mayor mi papá tuvo problemas, hasta le botó un libro, le quemó cosas, precisamente por ese pensamiento de izquierda que tenía. Entonces, con él si se tuvo problemas en la casa y se pasó a cosas, él incluso en una oportunidad, que nunca lo hizo... es la primera vez que yo vi a mi papá así con una correa dándole y mi papá nunca nos pegaba (F3-D).

Entre quienes están ‘de acuerdo’ también se insiste en la importancia de cuidar y mantener la relación cuando existe un vínculo de amor construido; pero, a diferencia de quienes están ‘en desacuerdo’, ponen énfasis en el reto de aprender a respetar la diferencia, comprender al otro y su postura, de vivir juntos en la diversidad. Reconocen también la dificultad que esto genera en el marco sociocultural en el que se encuentran insertos. Por esto, realizan un proceso de autorreflexión y autocrítica, indicando que también ellos, a veces, buscan colonizar la perspectiva del otro, asumiendo una posición desde la ‘soberbia’ académica,

Yo me he preguntado si con la manera en que nosotros hacemos y decimos las cosas, no estamos cayendo en lo mismo que estamos criticando: si yo digo que es por acá, tal vez yo también estoy teniendo un discurso hegemónico, ¿por qué no puede ser también por el lado de ellos? Entonces ¿dónde nos vamos a encontrar? [...] Sí, yo digo que tenemos que vivir con el diferente, pero entonces yo solamente soporto al diferente que está por fuera de lo íntimo mío, entonces no tiene sentido (F10-A).

Ahora bien, señalan que el espacio familiar tiene emparejadas unas dinámicas particulares que complejizan la posibilidad de dialogar sobre estos temas, sin que emerja una suerte de "acaloramamiento" en las personas: la conversación se vuelve intensa y emergen ira o exaltación entre los participantes. Algunos entrevistados sugieren que la intimidad y la confianza facilita que se trasciendan los límites del respeto verbal o incluso físico; sin embargo, piensan que este mismo espacio (familiar) también predispone a que rápidamente se retorne a la 'normalidad' de la relación, por el afecto que tiene implicado:

Pero me pasaba que, con mi familia, también por ese tema de la confianza [...] a veces reaccionaba muy bruscamente, muy agresivamente y con una cosa que mi mamá siempre me critica, como con prepotencia, entonces ante la falta de argumentos, yo: "¡No, ignorantes!" Con descalificativos personales que obviamente no era lo más adecuado ni lo más bonito, pero que en el momento surgía (F5-A).

Sin embargo, no siempre se consigue retornar a la "normalidad" sin que los episodios de acaloramamiento y la actuación de las tres prácticas antes descritas, a saber: uso y recibimiento de etiquetas ideológicas y calificativos peyorativos; mofa, insultos y agresiones; pactos de silencio y de falso acuerdo; dejen marcas o consecuencias en las relaciones, que impactan negativamente a través de los siguientes fenómenos:

- Distanciamiento: en algunos de los casos en que emergieron agresiones verbales, se generaron distanciamientos y barreras a la interacción afectuosa y cercana que, según los participantes, existía en el

pasado, poniendo las relaciones en un plano superficial, sin dar espacio a la intimidad.

- Ruptura y resentimiento: en algunas situaciones el nivel de confrontación escaló a peleas y fuertes discusiones, por la imposibilidad de reconocer la diferencia y establecer relaciones respetuosas; así, surgieron rupturas y resentimiento.

Sin embargo, no en todos los casos la presencia de la diferencia política genera consecuencias negativas; de hecho, una de las familias participantes indica que hay una mejora en sus relaciones, debido a que aprenden a discutir desde el respeto por las posturas contrarias, empleando argumentos. Lo anterior podría constituir un aporte a la construcción de una cultura democrática y de conciliación: "aquí [en la familia nuclear] lo que siento es que antes ha mejorado, porque hemos logrado como poder, por lo menos, conversar y ver los argumentos de lado y lado" (F1-D).

3.2. Orientaciones emocionales colectivas

En el análisis de contenido se logró identificar la emergencia de subcategorías que hacen referencia a las emociones movilizadas por estas familias en el marco de las interacciones relacionadas con las prácticas ante la diferencia política. Dichas emociones son la ira, la impotencia, el miedo y el amor.

3.2.1. Ira: "Nos acaloramos"

De acuerdo con los participantes, cuando se enfrentan a posturas políticas que divergen de las propias, en muchas ocasiones hay dificultades para escuchar al otro y comprenderlo, debido al afán para convencerlo y que cambie su postura, situación que da lugar a debates "acalorados" que movilizan ira,

Cuando estoy con personas que comparten mi pensamiento, es chévere ver que también comparten eso; aunque sigue siendo un poco triste pensar: “bueno, aquí hay varias personas que piensan así, pero no van a ser suficientes, el país todavía sigue siendo muy sesgado hacia un lado”. Y cuando es ‘al contrario’, cuando hay personas que piensan de otra manera, me da rabia, me enoja mucho; tanto así que yo prefiero inclusive no hablar mucho al respecto (F3-A).

Una de las situaciones que frecuentemente genera ira entre participantes ‘de acuerdo’, es cuando perciben a quienes tienen una postura opuesta como cerrados o inflexibles ante argumentos; entonces, optan por terminar la discusión para evitar que las relaciones se pongan en riesgo, puesto que los debates se vuelven muy pasionales. Lo anterior les refuerza la idea de que, en el escenario familiar, es muy difícil discutir sobre temas relacionados con política y religión, favoreciéndose implícitamente el pacto de silencio o falso acuerdo: “algunos debates ya se iban a súper pasionales y ya iban a, como eso que ya empieza uno a decir: de política y de religión es muy difícil hablar...” (F1-A).

Consideran que la ira da lugar a una comunicación basada en agresividad e impulsividad, manifestada en la verbalización de opiniones, movimientos corporales y gestos asociados; acompañando la práctica de ‘mofa, insultos y agresión’, que trasciende el plano del lenguaje articulado, para implicar expresiones no verbales:

Yo veo mucha agresividad... impulsividad, además de que actúa por impulso, le mete agresividad, porque

cambia hasta el tono de la voz, los gestos —hace gesto de un golpe con el puño sobre la silla—, porque mira, ustedes deben saber que a veces uno no necesita hablar para ofender, a veces con un gesto, con la tirada de una puerta, con eso sacamos las emociones a flote (F5-A).

Estos participantes consideran que el hecho de poseer posturas políticas diferentes a las hegemónicas los hace depositarios de la ira de sus seres queridos; lo que constituye una práctica de control para promover homogeneidad ideológica familiar, razón por la cual explican las manifestaciones de agresividad:

Uno ahí mismo ve la rabia, pero como te digo, no como por los motivos míos de decir como “ahh, no tienen argumentos”; sino como “ahh, él es familiar, él tiene que ser igual a nosotros; si todos acá somos ultraconservadores él también tiene que ser súper conservador”. Entonces yo digo que es más como rabia por eso... (F6-A). Es que yo soy el referente diferente, de no pensar igual que el resto, entonces seguramente por eso se desquitó conmigo (F9-A).

Ahora bien, para algunos se trata de una orientación emocional mucho más amplia, socialmente compartida y cristalizada, al punto que llega a considerarse como característica en la cultura política colombiana, configurada deficientemente en términos de conciencia histórica y reflexión política frente a las realidades de violencia y paz:

[...] estamos muy llenos de rabia todos, somos un país que está lleno de rabia;

pero yo lo asocio a una falta de cultura política y a un desconocimiento de la historia. Porque tal vez mi primo, con el que discutí el último fin de semana, odia a la guerrilla por un montón de cosas que ha hecho, pero finalmente a la guerrilla nos la han vendido como la mala, los medios de comunicación, que son de quienes tienen el poder; pero en un conflicto no hay buenos ni malos, hay un conflicto [...] en la degradación de la guerra, todos terminan siendo malos, más allá de las causas que defiendan. Yo creo que sí, que rabia, pero sé que en un lado de esa rabia también hay desconocimiento de lo que somos como país y de la historia y también como unas pretensiones racistas, etnocéntricas, clasistas y eso pues sí me parece muy teso (F5-A).

3.2.2. Impotencia

En algunas ocasiones, la imposibilidad de que el otro comprenda o al menos reconozca la validez de la postura propia configura un escenario emocional de impotencia, más que de ira; que desestimula el diálogo y refuerza la práctica del ‘pacto de silencio’, con consecuencias que llegan al distanciamiento,

A veces un poquito de impotencia, porque a veces quisiera que la otra persona se pusiera en el lugar de uno y uno también debe ponerse en su lugar; pero impotencia en qué sentido: que a veces la gente se casa con alguien en especial, entonces “¡No! Lo que diga fulano así es” [refiriéndose al poder de Álvaro Uribe] y no dan cabida a que se puedan plantear cosas diferentes. Entonces, es una sensación como de “¡bueno!” Yo soy de los que piensa que

la vida es de muchas perspectivas y hay demasiados libros como para uno acceder a ellos y no solamente uno solo. Entonces me parece que hay que leer y no casarnos con una sola idea (F8-A).

De manera similar a lo que sucede con la ira, cuando la postura del otro no se encuentra lo suficientemente argumentada y no está abierta a la contradicción, es preferible retirarse y callar, evitando aportar en el intercambio de significados en la familia: ‘pacto de silencio y falso acuerdo’ al que se pliegan los participantes que están ‘de acuerdo’, quienes, al retirarse, refuerzan su exclusión.

3.2.3. Miedo

En el contexto familiar, el miedo emerge como una orientación emocional colectiva que traza una diferencia intergeneracional. Así, en las generaciones de padres y abuelos, se identifica el miedo y el pesimismo frente a la situación del país, porque creen que ya se avecina el comunismo y otras creencias similares, como en este fragmento: “mi papá está aterrorizado, como si ‘se nos vino el mundo encima’, Petro va a ganar y esto va a ser un mierdero” (F1-A). Quienes están ‘de acuerdo’ hacen el ejercicio de comprender esta postura, manifiestan que es entendible, puesto que tales generaciones no han podido experimentar un orden social y político distinto, reconocen que los medios de comunicación también cumplen un papel significativo en alimentar la rabia y la visión negativa del proceso. En este punto se identifica que el percibir la movilización de miedo en un otro con el que se tiene un vínculo afectivo, le permite a los participantes de generaciones más jóvenes dar un paso hacia la comprensión de argumentos opuestos, desde la empatía.

3.2.4. Amor

Si bien hay interacciones que se desarrollan desde emociones que refuerzan el silenciamiento y la división, como rabia, impotencia y miedo, los participantes reconocen que también emergen emociones, como ternura y amor, a las que se recurre en momentos de tensión para proteger los vínculos. Apelar al amor como argumento posibilita preservar la relación en medio de la contradicción:

Él se dio cuenta que estaba jugando con fuego [...] sin nada de orgullo, sin nada de prepotencia... puro amor; él reencarriló las cosas otra vez, cuestión de instantes, porque el amor, la ternura de él, le ganó en cuestión de segundos; y muy rápido dijo: “si quiere váyase para la guerrilla y reemplace a Timochenko y yo a usted lo amo”. Él muy rápido reaccionó así, llevó las cosas en esa dirección; y yo, por supuesto, encantado también las llevé hacia allá. Fue un incidente mínimo porque él lo reencaminó hacia la ternura y hacia el amor (F2-A).

En este contexto de movilización de emociones, con prácticas interaccionales que afectan los vínculos familiares, el amor se constituye en protector del lazo. Aunque según el relato, sigue siendo un amor que busca la identificación, la homogeneidad, puesto que pareciera doler la diferencia del otro, aunque desde allí se le ama: ‘a pesar de’. Además, encasillándole desde la descalificación y la lectura extrema del punto de vista del otro, que es identificado con el enemigo; así, en lo cognitivo y en la valoración no se le acepta, deviniendo disonancia con el afecto: ‘a pesar de eso’ se le quiere, se le ama. Pero quizás lo

que está en discusión no es el afecto en sí mismo, sino en cómo lograr mantener los afectos en las diferencias, no a pesar de ellas, sino con ellas y por ellas mismas, puesto que este amor no podría ser objeto de negociación, sino, en palabras de Maturana (2003) en el reconocimiento de cada uno como legítimo otro.

4. Discusión

Los resultados de la presente investigación permiten considerar que las formas de configuración de la polarización sociopolítica generada por el proceso de paz colombiano, en estas familias de Medellín, asumen dos tendencias que reflejan por un lado, una lógica guerrillista, de división y enemistad (Uribe, 1993) que, del plano nacional, pasa a anidarse en la vida cotidiana de las personas, mediante estrategias como la construcción del enemigo, utilizadas para deslegitimar al adversario (Borja, Barreto, Alzate, Sabucedo y López, 2009) e identificarlo como enemigo absoluto, justificando su eliminación (Angarita, et al., 2015). Estas se naturalizan y tienen efecto en la forma en que se percibe, se siente y se actúa ante quien expresa su diferencia de pensamiento, generando tensiones entre negación, exclusión o rechazo y amor. Por otro lado, de dicha tensión emerge, en algunos casos, una lógica de conciliación ante la exigencia de encontrar formas creativas que protejan el vínculo: reconocimiento del otro y de sus posturas, diálogo como posibilidad para entenderle; fundamentales para construir democracia (Arboleda, 2017).

Lo que está de fondo, y es importante, en términos de la presente investigación, es que la familia es un grupo social del cual los sujetos participantes se sienten miembros; es decir, un endogrupo, un conjunto de individuos que tienen una percepción de sí como miembros de

una misma categoría social. Lo que trae consigo una carga emocional y un cierto grado de consenso en la evaluación que realizan sobre sí mismos y su pertenencia (Tajfel y Turner, 2004). No obstante, las formas en que los participantes han significado los hechos políticos asociados a la negociación entre el Estado y las FARC-EP, han dado lugar a que ciertos miembros de la familia se identifiquen con ideas y posturas políticas divergentes, configurando nuevos procesos de categorización social en su interior, es decir, se conforma un 'nosotros' y un 'ellos', con los subyacentes costos que esto representa en términos relacionales. Así, se pueden comprender algunas de las reacciones ya mencionadas cuando un miembro manifiesta posturas diferentes al sistema de valores y normas hegemónicas que caracteriza al grupo familiar, conllevando respuestas emocionales y acciones contra éste.

De acuerdo con lo anterior, se puede colegir que, en las familias participantes, varias generaciones han asumido ideales de un partido o el seguimiento a una figura política relevante; sin embargo, hay miembros que asumen una postura diferente que, en la mayoría de casos, pertenecen a las nuevas generaciones, participantes de otros escenarios educativos y sociales. Esto concuerda con los hallazgos de Sánchez (2017), quien afirma que en la población joven se pueden identificar motivaciones y formas de pensamiento respecto de la realidad del país que “les posibilita las rupturas mentales frente a la violencia la cual no hemos heredado sino aprendido” (p. 202) y subraya el papel que juegan las instituciones educativas como escenarios de discusión respecto de la paz.

La transmisión intergeneracional de posturas políticas no necesariamente garantiza que todos los miembros de la familia se mantengan alineados, lo que, en contextos de

polarización sociopolítica, puede comportar cierto dolor; especialmente en aquellos de generaciones mayores (padres/abuelos) respecto de generaciones más jóvenes, quienes en su mayoría estuvieron "de acuerdo" con el proceso de paz, en contradicción con la posición hegemónica familiar, implicando un choque intergeneracional. Esto es especialmente significativo en el contexto de Medellín por la idea tradicional de unidad familiar que ha implicado históricamente, en esta ciudad, la homogeneidad ideológica. De hecho, de acuerdo con el Centro de Análisis Político de EAFIT (2013), familia e iglesia constituyen las instituciones sociales con mayores niveles de confianza y aglutinación entre sus habitantes; lo que lleva incluso a formas de 'familismo' anormal, en las que se avalan o justifican acciones que perjudican el bien común, en favor del bienestar del grupo familiar. De tal manera que ésta se concibe como valor fundamental en el marco cultural de la ciudad y permite comprender, por un lado, la incipiente capacidad para relacionarse con lo público y, por otro, la herida que generan las divisiones ideológicas en este grupo social.

Este dolor por la diferencia se expresa como rabia e impotencia, tiene efectos en los vínculos y se manifiesta en prácticas que encarnan la polarización, como consecuencia del trauma psicosocial que ha traído la lógica de la guerra (Martín-Baró, 1989). Así, emergen dinámicas de enemistad y deshumanización del otro, al interior de las familias participantes, al desconocer la alteridad de estos miembros, generalmente más jóvenes, que terminan siendo asimilados con posiciones consideradas moralmente malas, que no tienen derecho a existir, son descalificadas: prueba de su 'inexperiencia', 'ingenuidad' o 'rebeldía', propias del momento vital, pero que 'posteriormente cambiarán, cuando se hagan

mayores y puedan comprender mejor la realidad’.

De esta forma, la polarización promovida en el macrocontexto del conflicto (Martín-Baró, 1989), que construye la diada amigo/enemigo, endogrupo y exogrupo a partir de una visión estereotipada y rígida, asociando una fuerte carga emocional, impidiendo el diálogo al descalificar al ‘otro’, se encarna en estas familias como rigidez de las posiciones, cimentada en una necesidad de cohesión y solidaridad interna entre quienes se identifican como parte y rechazan a aquellos identificados como exogrupo (Lozada, 2004; Tajfel, 1984). Lo anterior se materializa en prácticas interaccionales como: uso de etiquetas ideológicas y calificativos peyorativos, estereotipos que nombran a ese ‘otro’; mofa, insulto y agresión, actos de discriminación y, al final, un ‘falso acuerdo y un pacto de silencio’, en el que la perspectiva diferente queda excluida.

Como se decía en la introducción, en el contexto colombiano se ha configurado una lógica binaria de exacerbación de emociones, como la utilizada en las luchas bipartidistas del siglo XIX, en la denominada ‘Violencia’ de los años 50 y, en los últimos 15 o 20 años, en relación con las FARC-EP como enemigo absoluto (Angarita, et Al, 2015); que, durante el plebiscito por la paz, se decantó por mensajes publicitarios breves, cargados de mentira y odio (Basset, 2018; López de la Roche, 2019), se hizo complicado abrir puertas a reflexiones y discusiones argumentativas. Por el contrario, se apeló a frases efectistas y propagandísticas constantemente repetidas, que lograron incorporarse al repertorio discursivo y emocional de grandes capas de población (Villa Gómez, Velásquez Cuartas, Barrera Machado y Avendaño Ramírez, 2020), como se evidencia en las familias entrevistadas, en las que se hizo difícil discutir, debatir, argumentar;

ya que estos repertorios se instalan en el marco de creencias como una convicción y una definición casi identitaria, bordeando el fundamentalismo y el fanatismo y bloqueando cualquier posibilidad de diálogo (Villa Gómez, 2019).

Ahora bien, esto parece coincidir con las actuales circunstancias del contexto mundial, puesto que cada vez más, en diversos países y problemáticas, se exacerban los discursos de exclusión, de odio, de carácter radical y extremista (Hur, 2018a), que no posibilitan ni diálogo ni apertura para espacios democráticos de tramitación de los conflictos que afectan las sociedades contemporáneas. Puede ser el caso del Brexit en Gran Bretaña, la elección de Trump en Estados Unidos, el ascenso de Marie Le Penn en Francia, la victoria de Jair Bolsonaro en Brasil y el triunfo del ‘No’ en el plebiscito por la paz colombiano. Así pues, se asiste a una crisis de la democracia por la instauración de formas de polarización extrema en lo político, emparentado, en muchos casos, con fundamentalismos religiosos (Hur, 2018a, b); desarrollándose discursos binarios y dicotómicos, de oposición radical, sin argumentos, desde una mirada fundamentada en un bien moral centrado en la permanencia del orden establecido como norte ético y político; en una mentalidad conservadora, rígida, autoritaria e intolerante, que esencializa su punto de vista, mientras relativiza, ridiculiza o minimiza el contrario.

En las situaciones explicitadas en las familias estudiadas, tampoco se pudieron generar discusiones, debates o deliberación argumentativa, esenciales en la construcción de lo público, y lo político. Por el contrario, se movilizaron orientaciones emocionales guiadas principalmente por ira y miedo hacia la alteridad, desde una frágil construcción de identidad; deslegitimando, descalificando y

rechazando el punto de vista contrario. En el contexto de un país como Colombia, ya en el plano social, puede pasarse a amenazas, intimidación, exclusión y muerte. Así, se instaura en lo cotidiano una lógica de enemigo absoluto: identidades grupales construidas y reunidas en un nosotros, como endogrupo, y un ellos: los que no piensan, sienten, hablan y actúan como ese nosotros imaginado (Blanco, 2007; Hur, 2018a, b). El hijo, el sobrino, el hermano al que se le ama ‘a pesar de ser como Timochenko’, pero que en el discurso es excluido y negado; por tanto, se obtura su inclusión si mantiene su alteridad y diferencia abierta, deliberante y en contradicción con el punto de vista con el que la familia sigue ‘conservando’ aquellos valores que la identifican.

Estas familias reproducen a nivel micro, las dinámicas macro: una política no secularizada que da lugar a que sea comprendida en términos religiosos, morales y absolutos, que no se negocian, no se dialogan ni se concilian, sino que se asumen como dogmas incuestionables, fenómeno que, a su vez, bloquea la construcción de una cultura política abierta y democrática. Se manifiesta también una ausencia de formas de socialización que posibiliten la construcción de relaciones con lo político por fuera de concepciones totalizantes y sagradas, de verdades absolutas y trascendentes, de personajes mesiánicos, que tienen un carácter religioso (Blair, 1995). Se produce un abismo en la discusión cuando una de las partes intenta acercarse desde una postura argumentativa, fundamentada en la razón práctica y política como un ejercicio para dirimir lo público. Puesto que, en este caso, según los participantes, la contraparte parecería moverse más desde afectos identificatorios o convicciones que se configuran como creencias, cercanas a la dimensión de la fe.

Cuando se plantea un argumento que debate una creencia, manifestada como convicción y ligada a un afecto dirigido a un ideal o personaje, pareciera que se está más cerca de un ámbito dogmático, vecino en su estructura psicosocial al de la religión; lo que es especialmente fuerte en el contexto estudiado, debido a su débil construcción simbólica de lo público y su fuerte adhesión al ámbito privado y religioso (EAFIT, 2013).

Es muy probable que Bar-Tal (1998, 2010, 2013, 2017), cuando se refiere a la infraestructura psicosocial que configura un ‘ethos psicosocial del conflicto’, que recoge creencias sociales, orientaciones emocionales colectivas y narrativas del pasado como barreras psicosociales para la construcción de la paz, haga referencia a estas posiciones refractarias, de carácter identitario, que imposibilitan cualquier debate; puesto que, no será leído como una discusión sobre temas que competen al debate público, sino como un ataque a la propia identidad. Por tal razón, se responde, o bien desde la descalificación o desacreditación, o bien desde un ataque personal o banalización de la postura del otro. Estas formas sacralizadas y moralizantes, que enmarcan las relaciones familiares estudiadas, se erigen en referentes asociados al ‘yo soy’ y al ‘nosotros somos’, evidenciando una tendencia a conservar una aparente homogeneidad que permite reconocer la pertenencia al endogrupo; en este contexto, la diferencia política amenaza la unidad familiar, de allí que se niegue o silencie.

Se cristaliza así, la lógica polarizadora de la guerra en estas familias, obstaculizando mediaciones para transformar el conflicto, construir paz y cultura política democrática; de allí que las tres prácticas descritas en acápites anteriores —‘uso de etiquetas ideológicas y calificativos peyorativos’; ‘mofa, insulto y agresión’; ‘pacto de silencio y falso

acuerdo’—; de la mano de orientaciones emocionales colectivas: ira, impotencia y miedo, puedan ser consideradas como barreras psicosociales para la paz y la reconciliación (Bar-Tal, 1998, 2010; Bar-Tal y Halperin, 2014). Puesto que su función y efecto apuntan a la misma consecuencia: reforzar la situación de enemistad en la cotidianidad, impedir acuerdos entre las partes, dificultar la reconciliación y perpetuar lógicas de guerra (Barrera Machado y Villa Gómez, 2018).

De otro lado, en algunas familias participantes también pudieron identificarse otras prácticas que posibilitarían aprendizajes que aportan a la construcción de cultura de paz. Encontrarse de cara a la diferencia, en el marco de un lazo de amor que se desea cuidar y mantener, permite encaminar esfuerzos en procura de aprender a dialogar, desde el argumento, la pregunta y el reconocimiento de la legitimidad de la postura del otro, aspecto fundamental en la cultura democrática (Uribe, 1993). Esto pone acento en la necesidad de no perder de vista el papel de las familias como agente de socialización política y el aporte que desde las mismas puede realizarse a la construcción de una cultura de paz y reconciliación en contextos como el colombiano

Estas afirmaciones subrayan que los fenómenos políticos devienen en la cotidianidad de los sujetos, en sus relaciones sociales y también familiares; siendo estas últimas espacios privilegiados tanto para posibilitar transformaciones como para mantener el orden social. De esta manera, el cambio político no estaría separado de manera taxativa de las situaciones que tienen lugar en las familias y en sus marcos relacionales; puesto que éstas, a su vez, posibilitan u obturan el cambio político (Iglesias, 1990)

Teniendo en cuenta estas últimas ideas, se considera pertinente y necesario que, sobre

la base de hallazgos como los encontrados en esta investigación, se planteen estrategias de acompañamiento psicosocial que favorezcan la construcción de culturas de paz desde las mismas familias, que posibiliten el desarrollo de competencias humanas que son necesarias en contextos de posconflicto, como la reconciliación frente a la diferencia política y la convivencia con el otro desde su alteridad que, de lo micro, pueda incidir en lo macro. Es decir, que en la medida en que las personas aprendan esto en sus interacciones familiares, lo puedan desplegar en lo público.

5. Conclusión

Respondiendo al propósito del presente artículo, es posible afirmar que la polarización política se configura en las familias entrevistadas a través de tres modos de relacionamiento, basados en las prácticas previamente identificadas -que denotan el uso de estereotipos y discriminación-, así como en las orientaciones emocionales movilizadas en su seno, a saber:

- De negación y silenciamiento: puesto que al conferir a la familia un lugar central en la función de conservar el orden social, mediante la transmisión de valores tradicionales, se evidencia en los participantes una preocupación por no dañar las relaciones familiares con la diferencia, sea ésta, religiosa o política. Desde este modo de relacionamiento, el cuidado del vínculo se confunde con negación de la diferencia, en aras de conservar un ‘nosotros imaginado’; aspecto que da lugar a la práctica de ‘silenciamiento y falso acuerdo’, movilizada a partir de la orientación emocional de miedo.
- De exclusión y homogeneización: esta forma de relacionamiento se aplica a aquellos integrantes que, desde su postura

política, traicionan la tradición familiar. De acuerdo con Tajfel y Turner (2004), el sistema de creencias, respecto de la pertenencia a un grupo, se concibe desde la imposibilidad de movilización de sus miembros hacia una posición opuesta; por lo que, cuando esto sucede, es sancionado fuertemente, adjudicándosele el apelativo de "renegado" o "traidor". Como resultado, se le excluye, de manera no consciente y naturalizada y se le asignan etiquetas ideológicas, calificativos peyorativos, mofa, insulto, e incluso agresión; movilizados por orientaciones emocionales de ira e impotencia. Dichas manifestaciones se alimentan con contenidos que circulan, gracias a la acción de diferentes agentes de socialización que pretenden conservar la homogeneidad, proporcionando seguridad, en tanto se corresponde con posturas que moralmente se valoran como "buenas".

Esta pretensión es la de una familia homogénea, en la que sus miembros analizan la realidad de forma similar, como comunión de voluntades o cofradía, con una misma forma de pensar, sentir y actuar; lo que implica lealtad a un orden establecido, unos valores, modos de relación y acción; así, en estas familias participantes parecen ser más importantes estas lealtades homogeneizantes que cualquier expresión de diversidad y diferencia, donde se reconozca la alteridad. En el marco de las sociedades latinoamericanas quizás no se ha podido construir la familia como un escenario para la democracia, sino como mediación para el mantenimiento de órdenes sociales establecidos (Martín-Baró, 1998), puesto que la diferencia amenaza romper su unidad y su papel como marco afectivo protector en medio de una sociedad fracturada y adversa.

- De diferenciación y deseo de conciliación: como se ha dicho, algunos participantes se asumieron desde posturas

políticas diferentes a las tradicionales y hegemónicas en su contexto familiar. Además, manifestaron un distanciamiento hacia partidos o figuras políticas tradicionales, que son objeto de identificación para otros miembros de la familia. Tal distanciamiento comporta unos costos, que se reflejan en las emociones y prácticas interaccionales antes descritas, que en ocasiones ponen en juego el vínculo. No obstante, en algunos emergió otro modo de relacionamiento, donde resultó central el papel del amor, como deseo de convivir en la diferencia; lo cual, en contraposición a los modos anteriores, implica su reconocimiento, la posibilidad de dialogar sin imponer, de comprender y construir acuerdos, asumiendo el conflicto como oportunidad para aprender y fortalecer las relaciones (Arboleda, 2017: 82).

Queda abierta la discusión respecto al papel que debe jugar la familia en la construcción de paz, porque si bien es un espacio históricamente considerado como privado, juega un rol crucial en la socialización política de los sujetos (Rusnac y Mazur, 2016); fenómeno que no acontece por transmisión lineal de posturas ideológicas de padres a hijos, sino que se configura en el marco de su funcionamiento como grupo social, que interactúa con otros contextos y colectivos que también aportan a la socialización (Ramos, 1990).

Esta socialización tiene el poder para incidir en el mantenimiento o la transformación de la cultura política (Rusnac y Mazur, 2016), aspecto que da a las familias un papel neurálgico. De hecho, Iglesias (1990) sostiene que cuando se aspira a construir una nueva sociedad, es imprescindible que se presenten cambios en esta institución. Transformar estas estructuras familiares inflexibles y rígidas permitiría que emerjan otras formas de

organización social y política, como posibilidad para crear un nuevo horizonte histórico. De allí queda un reto para las intervenciones psicosociales en Colombia: incidir en la promoción de una lógica democrática en las familias y en la sociedad, que aporte a la transformación de los conflictos. Resultados como los de esta investigación ratifican la importancia y

necesidad de que la psicología, por medio de la investigación y la intervención, se ocupe de temas relacionados con el conflicto y posconflicto, para generar material de circulación de conocimiento que sirva tanto para el análisis del fenómeno como para su comprensión y abordaje; en este caso, de las configuraciones psicosociales de las lógicas de guerra y polarización política en la familia.

Referencias bibliográficas

- Arboleda, Adriana P (2017) Conciliación, mediación y emociones: Una mirada para la solución de los conflictos de familia, *Civilizar Ciencias Sociales y Humanas*, 17 (33), 81-96. DOI: <http://dx.doi.org/10.22518/16578953.900>
- Arciniegas, Germán y Pérez, Diana L (2019) Psicología y posconflicto colombiano, una mirada retrospectiva basada en los aportes en investigación científica, *Revista de paz y conflictos*, 12 (1), 265-284. <http://dx.doi.org/10.30827/revpaz.v11i2.8609>
- Augoustinos, Martha y Walker, Ian (1995) Social Identity, en: Martha, Augoustinos, Ian, Walker, *Social cognition an integrated introduction*, London, Sage Publication. (pp.97-133).
- Angarita, Pablo E., Gallo, Héctor, Jimenez, Blanca I., Londoño, Hernando, Londoño, Daniela, Medina, Gonzalo, Messa Bedoya, Jaime A., Ramírez Jiménez, Diana, Ramírez Ortiz, Mario E y Ruiz Gutiérrez, Adriana M (2015) *La construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano 1998-2010*. Medellín: Sílabo Editores.
- Banducci, Susan, Elder, Laurel, Greene, Steven y Stevens, Daniel (2016) Parenthood and the polarisation of political attitudes in Europe. *European Journal Political Research*, 55(4), 745–766.
- Bar-Tal, Daniel (1998) Societal beliefs of intractable conflicts. *International Journal of Conflict Management*, 9, 22-50.
- Bar-Tal, Daniel (2000) From intractable conflict through conflict resolutions to reconciliation: Psychological Analysis. *Political Psychological*, 21(2), 251- 365.
- Bar-Tal, Daniel (2010) Culture of conflict: involvement, institutionalization, and consequences. *Personality, Human Development, and Culture: International Perspectives on Psychological Science*, 2, 183-198.
- Bar-Tal, Daniel (2013) *Intractable Conflicts: Socio-Psychological foundations and Dynamics*. Cambridge: University Press.
- Bar-Tal, Daniel (2017) Intractability from a Sociopsychological Approach. En Howard Giles y Jake Harwood (Eds.) *Encyclopedia of intergroup communication*. New York: Oxford University Press.
- Bar-Tal, Daniel y Halperin, Eran (2014) Barreras sociopsicológicas para la paz e ideas para superarlas. *Revista de Psicología Social*, 29(1), 15–30.
- Bar-Tal, Daniel, Halperin, Eran y De Rivera, Joseph (2007) Collective emotions in conflict situations: societal implications. *Journal of Social Issues*. 63 (2). pp. 441-460

- Barrera Machado, Daniela y Villa Gómez, Juan D (2018) Barreras psicosociales para la paz y la reconciliación. *El Ágora USB*, 18(2), 459-478. <https://doi.org/10.21500/16578031.3828>
- Barrero, Edgar (2011) *Estética de lo atroz: psicohistoria de la violencia política en Colombia*. Colombia: Ediciones Cátedra Libre.
- Basset, Yann (2018) Claves del rechazo del plebiscito para la paz en Colombia. *Estudios Políticos*, (2), 241-265
- Blair, Elsa (1995) La imagen del enemigo: ¿un nuevo imaginario social?. *Estudios Políticos* (6), 47-71.
- Blair, Elsa (1999) *Conflicto armado y militares en Colombia. Cultos, símbolos e imaginarios*. Colombia: Editorial Universidad de Antioquia.
- Blanco, Amalio (2007) La condición de enemigo. El ocaso de la inocencia. En Manuel Cancio., Laura Pozuelo y Gonzálo Rodríguez, *Política criminal en vanguardia* (págs. 259-305). Madrid: Thompson/Civitas.
- Blanco, Amalio y De la Corte, Luis (2003) Psicología social de la violencia: introducción a la perspectiva de Ignacio Martín-Baró. En *Poder, violencia e ideología* (pp. 9-62). Trotta.
- Borja, Henry, Barreto, Idaly, Álzate, Mónica, Sabucedo, José M y López López, Wilson (2009) Creencias sobre el adversario, violencia política y procesos de paz. *Psicothema*, 21(4), 662-667.
- Cáceres, Pablo (2003) Análisis cualitativo de contenido: una alternativa metodológica alcanzable. *Psicoperspectivas*, II, 53-82.
- Centro de Análisis Político de EAFIT (2013) Representaciones de la sociedad antioqueña. En: Centro de Análisis Político de EAFIT. *Valores, representaciones y capital social en Antioquia 2013* (pp.21-43). Medellín: Editorial Artes y Letras.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2013) *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad. Informe general Grupo de Memoria Histórica*. Colombia: Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación
- Cifuentes, María R (2009) Familia y conflicto armado. *Trabajo social*, 11, 87-106
- De Luca, Miguel y Malamud, Andrés (2010) Argentina: turbulencia económica, polarización social y realineamiento político. *Revista de Ciencia Política*, 30(2), 173-189.
- De Roux, Francisco (2017) Conferencia Inaugural: Seres humanos en medio de conflictos sociopolíticos [ponencia]. Congreso Colombiano de Psicología 2017: Psicología y Construcción de paz.
- Del Vicario, Michael, Zollo, Fabiana, Caldarelli, Guido, Scala, Antonio y Quattrociocchi, Walter (2017) Mapping social dynamics on Facebook: The Brexit debate. *Social Networks*, 50, 6-16. <http://doi.org/10.1016/j.socnet.2017.02.002>
- El Tiempo (2016, 2 de octubre) La del plebiscito fue la mayor abstención en 22 años. El Tiempo. <http://www.eltiempo.com/politica/proceso-de-paz/abstencion-en-el-plebiscito-por-la-paz-36672>
- Espinosa, Agustín, Calderón-Prada, Alicia, Burga, Gloria y Güímac, Jessica (2007) Estereotipos, prejuicios y exclusión en un país multiétnico: el caso peruano. *Revista de Psicología*. xxx (2), 295-338.

García-Guadilla, María P (2006) Organizaciones sociales y conflictos sociopolíticos en una sociedad polarizada: las dos caras de la democracia participativa en Venezuela. *América Latina Hoy*, 42, 37–60.

González, Diana M (2015) Estado del arte. La familia como texto y contexto para la socialización política de los niños y las niñas, *Katharsis*. (19), 99-133.

González Rey, Fernando (2006) *Investigación cualitativa y subjetividad*. Guatemala: Oficina de derechos humanos del arzobispo de Guatemala.

Guzmán, Germán, Fals Borda, Orlando y Umaña, Edurardo (2005) *La Violencia en Colombia* (tomos I). Bogotá: Taurus.

Hur, Domenico U (2018a, 7 de septiembre) Extremismos políticos y fundamentalismos religiosos. Conferencia dictada en el VII Congreso ALFEPsi, Universidad Federal de Río de Janeiro.

Hur, Domenico U (2018b) *Psicología, política e esquizoanálisis*. Guanabara, Campinas: Editora Alínea.

Iglesias, Julio (1990) La familia y el cambio político en España. *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, (66)

López de la Roche, Fabio E (2019) Posverdad, ideología y odio en la movilización del Centro Democrático del 1 de abril de 2017 contra el presidente Santos y el proceso de paz: análisis del registro fotográfico del evento. En: Sergio Roncallo-Dow., Juan D Cárdenas Ruiz y Juan C Gómez Giraldo (Eds.) *Nosotros, Colombia... Comunicación, paz y posconflicto*. (pp. 41 - 80). Bogotá: Universidad de la Sabana y Editorial Eafit.

Lozada, Mireya (2004) El otro es el enemigo: imaginarios sociales y polarización. *Revista Venezolana de Economía Y Ciencias Sociales*. 10(2), 195–209.

Lozada, Mireya (2008) ¿Nosotros o ellos? Representaciones sociales, polarización y espacio público en Venezuela. *Cuadernos Del CENDES*. 25(69), 89–105.

Madariaga, Camilo, Gallardo, Luz D, Salas, Flavia M y Santamaría, Edna M (2002) Violencia política y sus efectos en la identidad psicosocial de los niños desplazados el caso de La Cagrejera. *Psicología desde el Caribe*. (10), 88-106.

Martín-Baró, Ignacio (1988) La violencia política y la guerra como las causas del trauma psicosocial en el Salvador. *Revista de Psicología de El Salvador*. VII (28), 123-141.

Martín-Baró, Ignacio (1989) *Psicología social de la guerra: trauma y terapia en el Salvador*. El Salvador: UCA EDITORES.

Martín-Baró, Ignacio (1993) *Sistema, grupo y poder*. El Salvador: UCA EDITORES.

Martín-Baró, Ignacio (1998) *Psicología de la liberación*. Madrid: Trotta.

Martín-Baró, Ignacio (2003) *Poder, ideología y violencia*. Trotta.

Martínez Miguelez, Miguel (2006) *Ciencia y arte en metodología cualitativa*. México: Trillas.

Maturana, Humberto (2003) Amor y juego: fundamentos olvidados de lo humano, desde el patriarcado a la democracia. Lom Ediciones Ltda

Montoya, Mauricio A, Arboleda, Jonh F, Valencia, Leidy, Gómez, Carlos A y Serrano, Juan M (2017) *100 preguntas y respuestas para comprender el conflicto armado colombiano. Tomo I*. Colombia: Impresos múltiples Ltda.

Tobar, Janne A (2015) Violencia política y guerra sucia en Colombia. Memoria de una víctima del conflicto colombiano a propósito de las negociaciones de la Habana. *Memoria y sociedad*. 19(38), 9-22.

Torcal, Mariano y Martini, Sergio (2013) Los efectos negativos de la polarización política: confianza social, partidismo e identidades nacionales/territoriales en España. *AFDUAM*, 17(1), 333–354.

Uribe, Maria T (1993) Notas coloquiales sobre la ética y la política. En: Carlos Calderón, et. al. *Ética para tiempos mejores*. Colombia: Corporación Región- Programa por la Paz

Villa Gómez, Juan D (2019) Representaciones sociales del enemigo como barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia. En: Carmona, J. *Reconstrucción de subjetividades, identidades y del tejido social en contextos afectados por la guerra en Colombia*. XIV Cátedra Mercedes Rodrigo. Manizales: Editorial Universidad de Manizales.

Villa Gómez, Juan D y Arroyave Pizarro, Laura (2018) Creencias sociales y orientaciones emocionales colectivas sobre la paz negociada en ciudadanos de Medellín. *Revista Kavilando*, 10(2), 449-469.

Villa Gómez, Juan D., Rúa Álvarez, Susana, Serna, Natali, Barrera Machado, Daniela y Estrada Atehortúa, Carlos E (2019) Orientaciones emocionales colectivas sobre el conflicto armado y sus actores como barreras para la construcción de la paz y la reconciliación en ciudadanos de Medellín. *El Ágora USB*, 19(1). 35-63. DOI: <https://doi.org/10.21500/16578031.4122>

Villa Gómez, Juan D., Velásquez Cuartas, Natali, Barrera Machado, Daniela y Avendaño Ramírez, Manuela (2020) El papel de los medios de comunicación en la fabricación de recuerdos, emociones y creencias sobre el enemigo que facilitan la polarización política y legitiman la violencia. *El Ágora USB*, 20(1), 18-49. <https://doi.org/10.21500/16578031.4642>

Villalarga, Álvaro (2015) *Los procesos de paz en Colombia 1982-2014: documento resumen*. Bogotá: Fundación Cultura Democrática.

PROCESO EDITORIAL ▶ EDITORIAL PROCESS INFO

Recibido: 07/06/2019 Aceptado: 10/05/2020

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO ▶ HOW TO CITE THIS PAPER

Velásquez Cuartas, Yuli Natalí, Barrera Machado, Daniela, Villa Gómez, Juan David (2020). Polarización política, relaciones familiares y barreras psicosociales para la paz en Medellín - Colombia. *Revista de Paz y Conflictos*, Vol.13 (1), 149-174.

SOBRE LOS AUTORES ▶ ABOUT THE AUTHORS

Yuli Natalí Velásquez Cuartas es Psicóloga, Especialista en intervenciones psicosociales y en psicología social aplicada; magister en Psicología social, Psicóloga de Bienestar Universitario de la Universidad Pontificia Bolivariana e Integrante del Grupo de investigación en psicología sujeto sociedad y trabajo (GIP)..

Daniela Barrera Machado es Psicóloga, especialista en Psicología social aplicada, Magister en Psicología Social, y Docente investigadora del CIDEH Universidad de San Buenaventura - Medellín.

Juan David Villa Gómez es Psicólogo, Magister y Doctor en Cooperación Internacional al Desarrollo, y Docente Investigador Facultad de Psicología y Escuela de Ciencias Sociales, de la Universidad Pontificia Bolivariana.